

Tumbas de tiro en Usmajac (Jalisco). Hacia una reorientación de la temática

Francisco Valdez*

*U*no de los infortunios de la arqueología de Occidente de México es que las tumbas de tiro no hayan sido jamás encontradas intactas por los arqueólogos, ni excavadas bajo control preciso (Meighan 1969: 15. Citado por Oliveros 1974: 184).

Introducción

En el transcurso de los últimos años, investigaciones arqueológicas realizadas en distintas zonas del Occidente de México han recuperado y analizado varias muestras del complejo funerario conocido como "tumbas de tiro" (Oliveros 1970, 1974; Galván 1976; Schöndube y Galván 1978; Galván 1991; Cabrero 1992; Cabrero y López 1993; Olay 1993; Mountjoy s.f. y Ramos com. pers.). Las nuevas evidencias han puesto en claro la necesidad de replantear la problemática general que presenta este fenómeno, no ya para tratarlo como un tema anecdótico o sensacionalista, sino para enfocarlo como un dato

arqueológico, inmerso en un contexto histórico social que requiere una explicación igualmente inmersa en un contexto histórico social.

El propósito de esta nota es revisar, de manera sucinta, la problemática que surge al abordar esta práctica funeraria que caracteriza a Occidente. Se pretende fomentar la discusión sobre una reorientación necesaria del objeto de estudio en lo que respecta a la problemática de las tumbas de tiro. La excusa para tratar el tema es la presentación de un grupo de tumbas recientemente excavadas en el sur de Jalisco por el equipo del Proyecto Arqueológico Cuenca de Sayula.¹ No obstante, cabe señalar el carácter

* Arqueólogo del Instituto Francés de Investigación Científica para el Desarrollo en Cooperación (ORSTOM).

1 Los miembros del equipo de arqueólogos son: Otto Schöndube, INAH; Rosario Acosta, Laboratorio de Antropología de la Universidad de Guadalajara; Jean-Pierre Emphoux y Francisco Valdez, Instituto Francés de Investigación Científica para el Desarrollo en Cooperación (ORSTOM/CEMCA).

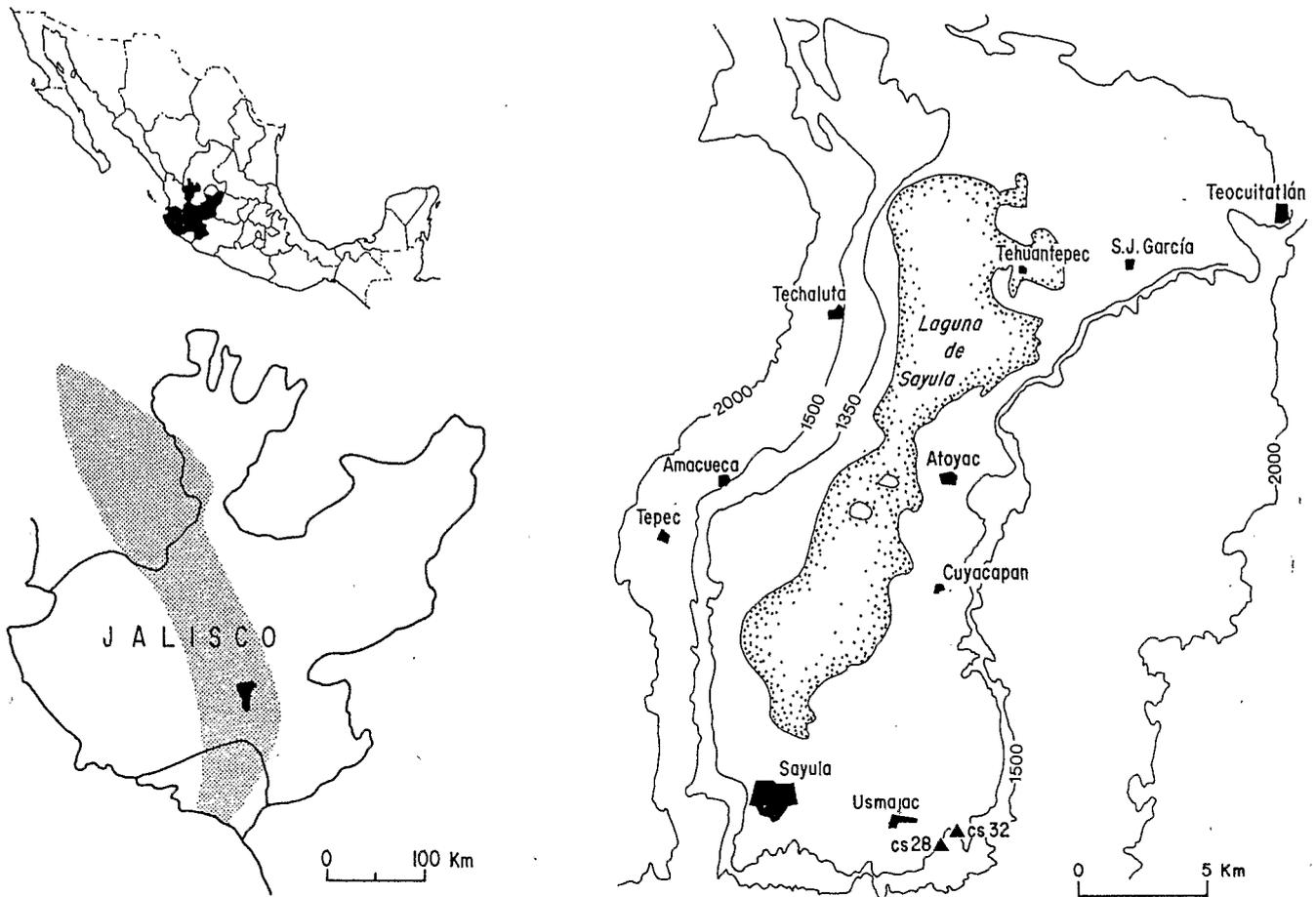


Figura 1 - Ubicación de la cuenca de Sayula dentro del "arco" de tumbas de tiro de Occidente.

preliminar de esta presentación. El análisis de los restos óseos y de los otros materiales recuperados de las tumbas, acaba de comenzarse apenas. Es evidente, por lo tanto, que las observaciones y las conclusiones aquí esbozadas se irán afinando o modificando a medida que los datos se completen.

En la prospección sistemática del sector sureste de la cuenca de Sayula (véase Fig. 1) se detectaron varios sitios arqueológicos, entre los cuales se destacan los sitios CS-28 El Casco y CS-32 Caseta (Schöndube *et al.* s.f.). Ambos sitios presentaron evidencias culturales en superficie, así como tumbas de tiro saqueadas hace varios años. El estudio del conjunto de las evidencias permitió definir una secuencia de ocupaciones prehispánicas en los sitios. Esta va desde el periodo Preclásico Tardío, hasta la parte terminal del Postclásico. Para los obje-

tivos del proyecto, resultaba de especial interés estudiar los vestigios habitacionales de las primeras épocas, aún mal definidas en toda la región. Con la intención de encontrar niveles de ocupación asociados a las tumbas y teniendo como hipótesis de trabajo que las tumbas de tiro suelen agruparse y formar conjuntos o "panteones", se procedió a sondear sistemáticamente el subsuelo de ambos sitios con un resistímetro eléctrico.² Los resultados positivos obtenidos en este proceso determinaron la intervención del rescate arqueológico en el sitio CS-32 Caseta. Los trabajos realizados sobre un área de aproximadamente 7 300 m², expusieron el conjunto de evidencias estructurales que se

² Para una explicación sucinta de este método de prospección eléctrica referirse a Schöndube *et al.*, ms.

observa en la figura 2. Entre los contextos excavados se destacan dos tumbas de tiro vírgenes y una cantidad significativa de vestigios culturales de sus probables constructores.

La problemática de las tumbas de tiro en Occidente

En la arqueología mesoamericana se conoce bajo el apelativo tumba de tiro, a un tipo específico de arquitectura funeraria. Esta se compone de dos partes principales: un pozo vertical, o tiro que se excava en el subsuelo hasta llegar a una profundidad deseada; de donde se desvía la excavación hacia un costado para abrir un nicho, o cámara mortuoria. Allí se deposita al o a los muertos con sus respectivos ajuares. En el Occidente de México, esta designación no sólo hace referencia a las estructuras mortuorias propiamente dichas, sino también a un momento, mal definido de la historia antigua de la región: la Época de Tumbas de Tiro.

La excavación clandestina de estas estructuras funerarias ha sacado a la luz, innumerables objetos de cerámica (recipientes y estatuillas) que desde inicios de este siglo han sido altamente valorados por los museos y por los coleccionistas de arte antiguo. El alto costo que estos objetos alcanzan en el mercado internacional de piezas precolombinas, ha sido la causa del salvaje saqueo practicado en los depósitos arqueológicos de los estados de Colima, Jalisco y Nayarit. De acuerdo a Carolyn Baus, la primera vez que se menciona en la literatura el hallazgo de este tipo de enterramiento es en *Noticias varias de Nueva Galicia* de 1878 (Baus 1978: 15), en la que se dan detalles de una bóveda con figurillas huecas. Breton (1903: 130-133) describe igualmente algunas estatuillas provenientes de un entierro excavado hacia 1896, en la base de un montículo en los alrededores de Etzatlán. A fines del siglo pasado, según Diguët y Lumholtz, la práctica de buscar antigüedades estaba ya bien establecida en la región de Nayarit y Jalisco. Buscadores de tesoros excavaban regularmente en "montículos, cuevas y túneles" para buscar objetos de valor. Lumholtz vio y coleccionó varias piezas prove-

nientes de tumbas de tiro en las regiones de Ixtlán y de la cuenca del Lago Magdalena hacia 1898 (Lumholtz 1902: 292-298 y 303-315). Los dos connotados viajeros, visitaron varias tumbas y reconocieron que se trataba de un conjunto funerario de gran interés arqueológico y etnológico. No obstante, en la mentalidad de los habitantes, desde un principio se vinculó la noción de riquezas y de estatuillas de cerámica ("monos") con las tumbas de tiro.

Aunque Kurt afirma que las tumbas comenzaron a ser saqueadas desde la llegada de los españoles, subraya que su fama como depósitos con "tesoros" se asienta en la época de la triste construcción del ferrocarril Nogales-Guadalupe, allá por los años 1920 (Kurt 1975: 13). Fruto de esa "epopeya" fue la famosa Colección Matthews, vendida por un empleado (Matthews) de la Railroad Express Agency de Nogales, a la Universidad de California en 1931. Esta colección atrajo el interés del profesor Carl Sauer, quien intercedió para que Gifford viajase en 1946, a la región de Ixtlán del Río con el fin de realizar uno de los primeros estudios arqueológicos del área.

Phil Weigand sostiene con razón que desde el punto de vista arqueológico, la mayor parte de la historia sociocultural del occidente de México se ha identificado erróneamente con este complejo funerario (Weigand 1993: 76-79). Afirma Weigand que el tema de "tumbas de tiro" se convirtió en una verdadera obsesión entre los arqueólogos. De hecho, durante muchos años, se desvió el interés principal de este fenómeno —los constructores y su contexto sociocultural— hacia el sueño de encontrar una estructura intacta, descuidando los otros tipos de evidencias culturales. Ante la falta de éxito en esta pretensión, el objetivo de la búsqueda se fue diluyendo de las estructuras propiamente dichas, hacia la riqueza estética de las ofrendas funerarias y primordialmente el objetivo vino a ser el estudio artístico-etnográfico de las estatuillas encontradas en las tumbas por los "moneros". El propósito del estudio fue interpretar, o especular sobre el significado mágico-religioso que las tumbas y sus estatuillas tenían dentro de la sociedad que las creó.

Por otro lado, desde un principio se vio en esta manera particular de inhumar a los muertos un rasgo que evidenciaba la difusión

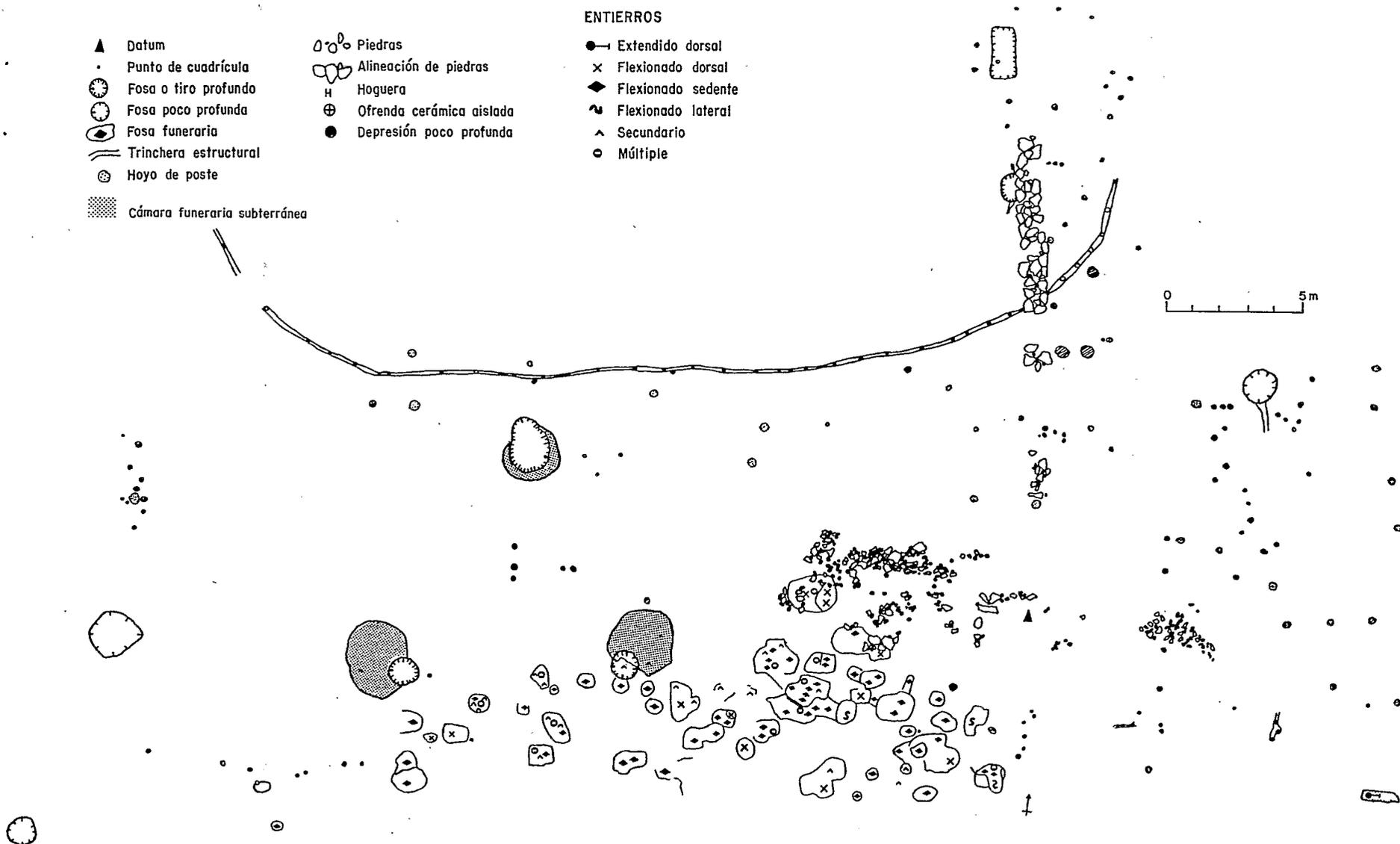


Figura 2 - Plano de ubicación de evidencias arqueológicas expuestas en la excavación de rescate del sitio CS-32 Caseta.



cultural entre el noroeste de Sudamérica y el occidente de México. Tumbas similares se encuentran paralelamente en varias localidades de Colombia, Ecuador y Perú y aunque los contextos mexicanos no eran bien conocidos, se suponía que cronológicamente ambos serían contemporáneos; dejando la duda sobre el punto original de difusión. En Occidente, la presencia del fenómeno se atestigua en un territorio delimitado, en forma de arco o media luna (véase Fig. 1) que se extiende desde el sur de Nayarit, pasando por la parte central de Jalisco, hasta la zona de la actual Colima (Kelly 1948: 65-67). Se suponía, así mismo, que este amplio territorio compartía el mismo rasgo funerario por haber tenido contactos continuos entre sí y con pueblos de la Costa Pacífica del norte de América Meridional.

Kelly sugería una conexión cronológico-cultural aparente entre los pueblos del interior de Nayarit y el altiplano de Jalisco con los pueblos del "horizonte Ortices" de Colima (Kelly 1948: 66-67). Para ello se basaba en una serie de rasgos estilísticos comunes. Subrayaba sin embargo, que en ambas zonas prácticamente no había vestigios habitacionales de esta época. No obstante, sugería que se debía buscar evidencias de esta supuesta continuidad cultural en el área intermedia.

Desafortunadamente, su experiencia en la cuenca de Sayula-Zacoalco fue más bien negativa, pues encontró sólo un sitio de esta posible afiliación (Verdía). En base a esto, Kelly afirmaba que la cuenca de Sayula era el eslabón más débil en la supuesta cadena cultural que unía las provincias cerámicas de Ameca y Colima durante las fases tempranas.

Con la llegada del carbono 14 y la cronología absoluta, se pudo ubicar el fenómeno de las tumbas vagamente entre el primer milenio a.C. y la primera mitad de la era actual. Ante el vacío latente de contenido histórico, se optó por esperar que se produjera el milagro de un hallazgo explicativo. Entre tanto, se cubrió la ignorancia con una apelación vaga: "Epoca de Tumbas de Tiro". Esta serviría para calificar a las sociedades que surgieron aproximadamente desde el 800 a.C. hasta el 500 d.C., época que corresponde, en la secuencia cronológica tradicionalmente aplicada en Mesoamérica, a los periodos Preclásico Tardío y Clásico Tem-

prano, o más concretamente, a la etapa en que surge y la civilización.

Sin pretender la simultaneidad de este proceso en Occidente, la llamada Epoca de Tumbas de Tiro se presenta como un momento crucial para la comprensión de los procesos de complejización sociocultural de los pueblos que se constituyeron en aldeas agrícolas durante el período Formativo.

Desde la década de los setenta se han realizado varios hallazgos, pero el "milagro explicativo" aún no se produce. Con la excavación de tumbas vírgenes, no suntuosas, la problemática de este fenómeno se ha ido definiendo cada vez más en términos sociales. Para algunos autores, a falta de un conjunto de rasgos más claros, la presencia de tumbas sirve para definir a un tipo de sociedad no igualitaria. La "cultura de tumbas de tiro", fundamentándose en una producción agrícola/artesanal especializada, con una distribución restringida de la riqueza generada, sería ya la manifestación de una sociedad estratificada con un modo de producción "asiático" o inclusive "esclavista" (Galván 1991: 255-257 y 297-299). Para otros, como Weigand, a partir del Formativo Medio se gestan procesos de complejización social que, hacia fines de este periodo, van a definir una de las muestras de civilización que caracterizan a Occidente: la tradición Teuchitlán. La presencia de tumbas de tiro es un rasgo cultural que, al unirse con un patrón de asentamiento y ciertos elementos estructurales y arquitectónicos bien definidos, marca la existencia de entidades políticas que giran en torno a un centro jerárquico ubicado en el valle Ahualulco-Teuchitlán-Tala (Weigand 1993). A medida que la sociedad se va complejizando (entre el 200 y el 700 d.C.) y el Centro se hace más suntuoso en arquitectura monumental de superficie, las tumbas de tiro se hacen más sobrias que en el Formativo Tardío (Weigand 1993: 61, 83-85).

Por otro lado, a medida que las comunidades que comparten la tradición Teuchitlán se alejan del Centro, las tumbas decaen en complejidad arquitectónica, suntuosidad del contenido y en definitiva de categoría jerárquica (Weigand 1989: 42-43). En este supuesto, las tumbas son además, un elemento diagnóstico del grado de dependencia hacia un centro o del nivel de complejización sociopolítica imperante en una zona

particular. Este hecho parece fundamentarse en las diferencias tipológicas que se observan entre las tumbas del área Nayarit/Jalisco y las tumbas de Colima. Las evidencias conocidas, en este último estado, son estructuras más sencillas: por lo general de una sola cámara y con profundidades que varían entre 1.50 y 2.50 m (Dissehoff 1932; Kelly 1978 y Olay 1993). De hecho, Kelly señalaba la conexión aparente entre las dos zonas durante el "horizonte Ortices" de Colima, pero no alcanzaba a definir en qué consistían exactamente esos lazos. Los rasgos comunes en que se basaba su apreciación se limitaban a estilos y características particulares de las figurillas encontradas en las de tumbas de tiro. Pero en su época nada se podía decir aún sobre patrones de asentamiento, sobre un posible control de la explotación de recursos disponibles en las distintas áreas y, peor aún, sobre una relación de poder que unía a varios pueblos de Occidente.

Recapitulando, en la actualidad el fenómeno de las tumbas de tiro se caracteriza aún por una falta de definición real a nivel geográfico, cronológico y sociocultural. A pesar de ello se reconoce al complejo mortuario como sintomático de sociedades que han alcanzado un grado de desarrollo sociopolítico donde estratos jerarquizados aprovechan plenamente los recursos que tienen a su alcance, mediante sistemas productivos y con una red de intercambio bien organizado a nivel regional. La tónica no es ya encontrar tumbas de tiro, sino investigar los contextos habitacionales contemporáneos y tratar de definir sus distintos modos de vida (cf. Oliveros 1992: 42-43).

La evidencia de Usmajac: el escenario

El entorno ecológico del sector suroriental de la cuenca de Sayula es típico del bosque seco montano bajo. Cuenta con dos estaciones bien diferenciadas por el volumen de precipitaciones: la temporada seca que va de noviembre a junio y la temporada de lluvias, que va de julio a octubre. En la actualidad, la región está atravesada por una importante red de ca-

nales de riego que se abastecen de pozos profundos, o de las antiguas vertientes de la zona. Por consiguiente, los terrenos agrícolas se explotan con cultivos que dan dos cosechas al año. Entre otros productos se destacan: maíz, sorgo, alfalfa, frijol, chícharo, jitomate y cártamo. Dada la relativa humedad del suelo de esta parte del antiguo lecho lacustre, es probable que en épocas prehispánicas (con, o sin ayuda de sistemas de irrigación) la zona estuvo sujeta a una intensa explotación agrícola que no sólo garantizó el sustento a los habitantes del área, sino que además permitió la producción de excedentes.

El sitio CS-32 Caseta se encuentra sobre los 19°52'37" de latitud norte y los 103°31'03" de longitud oeste. Se ubica en las faldas de una colina, de aproximadamente 40 m de altura, que se levanta sobre las primeras terrazas lacustres de la cuenca. Su altura varía entre 1 350 y 1 390 m sobre el nivel del mar.

Durante la prospección inicial del sitio, se reconoció la presencia de varios tipos de cerámica en superficie. Los tipos coinciden, a grandes rasgos, con la clasificación hecha en 1941 por Isabel Kelly para la cuenca de Sayula (Kelly ms. y Kelly 1948: 62-64). Luego de la intervención de rescate en el sitio, se comprobó que la mayor parte del material recuperado corresponde a las fases Amacueca y Autlán del periodo Postclásico Tardío (Kelly 1945). En una proporción menor se recuperaron, igualmente, fragmentos cerámicos más finos de los tipos identificados como pertenecientes a las fases Verdía y Tuxcacuesco de la parte final del periodo Preclásico. En complemento de los tepalcates tempranos, se recuperaron varios fragmentos de figurillas antropomorfas sólidas, del tipo definido por Kelly como *Tuxcacuesco-Los Ortices* en su horizonte Tuxcacuesco (Kelly 1949: 115-119).

A pesar de que las actividades agrícolas practicadas en la colina han alterado los contextos estratigráficos de las distintas ocupaciones, se pudo exponer una serie de evidencias contextuales la cual ilustra la historia de las ocupaciones del sitio. Desde épocas del temprano horizonte Tuxcacuesco (fase Verdía) se levantó, sobre o cerca de la colina, una pequeña aldea que dejó, en el subsuelo de la loma, varias huellas de sus distintas ocupaciones. Las excavaciones revelaron los vestigios de algunas

unidades domésticas. Estas pudieron ser identificadas por la presencia de 181 huecos de poste, cimientos de piedra y basamentos en trinchera o fosa para construcciones de bajareque. Se encontraron igualmente, posibles pozos de almacenamiento y basureros con restos diversos de desechos domésticos. Adyacentes a estas áreas habitacionales se encontraron zonas destinadas a la inhumación de cadáveres (véase Fig. 2).

Los cementerios o panteones pertenecen a las dos épocas de ocupación del sitio. El más amplio, el del Postclásico, contuvo unas 70 inhumaciones con un número aproximado de 102 individuos. La mayoría de estos entierros se realizaron dentro de fosas ovaladas poco profundas (35 cm promedio) donde los cuerpos yacían en posición sedente, flexionada dorsal o lateral (Schöndube *et al.* s.f.). El segundo panteón se encontró inmerso dentro de la matriz de toba volcánica o tepetate. De filiación temprana, éste incluyó tres tumbas de tiro, con cámaras funerarias que contenían un mínimo de 12 individuos. Para caracterizar mejor estas evidencias, serán incluidas en la tercera categoría de tumbas de tiro de la clasificación de Weigand (1989: 43). Las tumbas encontradas no presentan asociación directa con ningún tipo de estructura arquitectónica de superficie; tampoco demuestra el contenido de sus ofrendas la presencia de un estrato social particularmente jerarquizado. Como dato interesante, cabe mencionar que el panteón tardío recubría el área general de las tumbas de tiro. Inclusive, encima de una de ellas, se encontró un entierro secundario reposando sobre la piedra laja que tapaba la entrada al tiro. Si bien no se puede afirmar de manera categórica que los ocupantes del Postclásico conocieron la presencia de las tumbas, la yuxtaposición de las dos zonas funerarias ciertamente es muy sugerente (véase Fig. 2). Un caso similar fue encontrado por Oliveros en el sitio El Opeño, donde entierros de la fase Jacona se sobreponen directamente a la entrada de una de las tumbas tempranas de ese sitio (Oliveros 1974: 183). Casos como éstos nos llevan a pensar que la tradición de la presencia de un campo santo puede conservarse durante mucho tiempo en una región.

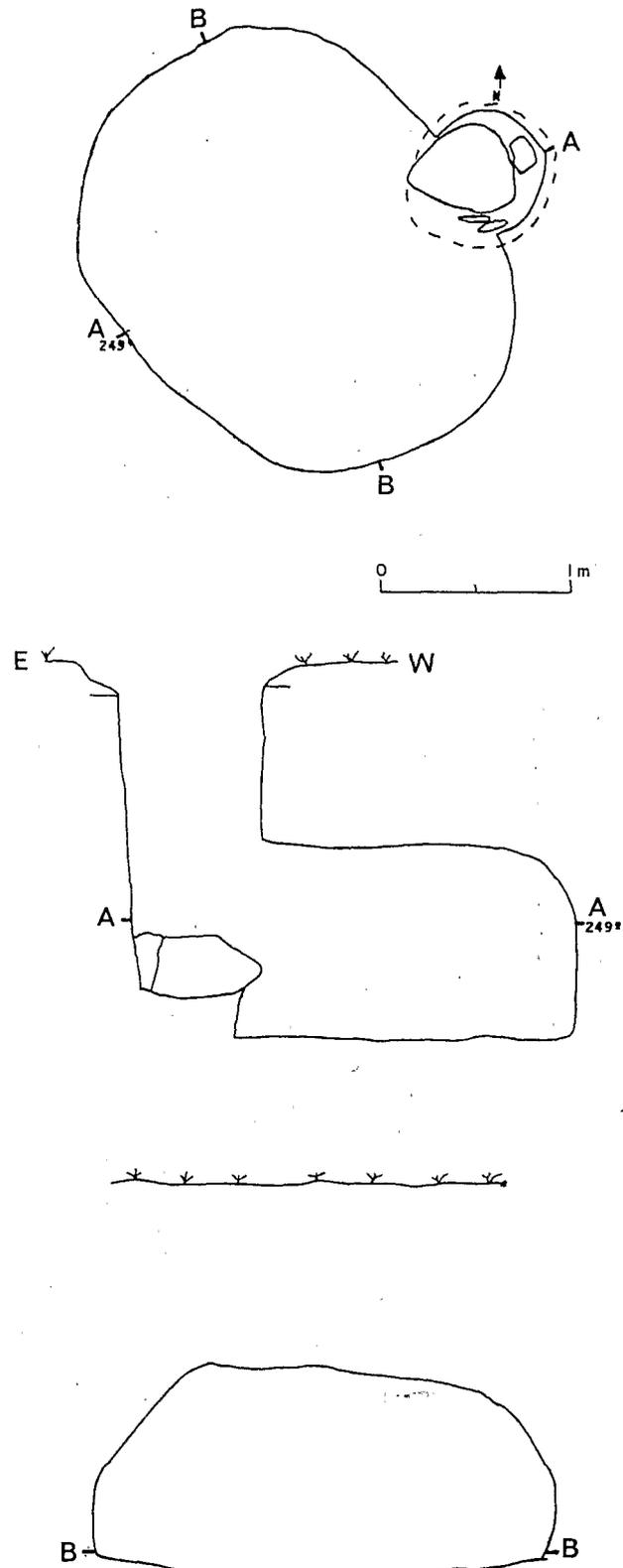


Figura 3 - Perfil, corte y planta de la tumba de tiro A.

Descripción de las tumbas de tiro

La tumba A

La primera tumba fue encontrada hace algunos años de manera accidental, mientras se araba el terreno. Según varios informantes, un animal metió una pata en un orificio oculto en el suelo. Al librar al animal, su dueño se percató del vacío formado junto a una laja. Retiró la piedra y encontró la entrada al tiro; excavó la tierra floja hasta que encontró la entrada a la cámara funeraria. Por desgracia, no se conoce cual fue el contenido exacto de esta tumba. Esta estructura, saqueada, se detectó en el reconocimiento inicial del sitio. En la intervención de salvamento, se realizó el levantamiento del perfil de la tumba (véase Fig. 3) y se tamizó la tierra que yacía al fondo de la cámara. Así, se pudo recuperar un pequeño conjunto de evidencias que incluyeron: algunas cuentas; varios fragmentos de huesos humanos pertenecientes a por lo menos tres individuos distintos; algunas lascas pequeñas de obsidiana y unos cuantos tepalcates de apariencia temprana.

Esta tumba, por su forma puede ser catalogada como de "bota", tipo C, en la tipología de Disselhoff para las tumbas de Colima (1932: 528, Fig. 1); o tipo II de la tipología de Long (1967: tabla 1).

Sus rasgos más importantes son:

- ✦ Estructura compuesta de un tiro vertical con una cámara lateral, esculpida en la matriz de tepetate.
- ✦ Un tiro cilíndrico de 162 cm de profundidad, con un diámetro máximo de 80 cm.
- ✦ Entrada a la cámara bajando un escalón, o banqueteta, al fondo del tiro. Sobre el filo del tepetate se depositó una piedra pesada para acentuar esta grada.
- ✦ La cámara funeraria tiene forma ovalada, sus dimensiones son 240 cm de largo por 197 cm de ancho.
- ✦ El piso es plano, las paredes cóncavas forman una bóveda esférica bastante regular, con una altura máxima de 106 cm.
- ✦ En las paredes se aprecian claramente hue-

llas del instrumento utilizado para esculpir el tepetate. Probablemente se trata de una punta aguda de entre 2 y 4 cm de diámetro, usada para picar en ángulo el material y provocar el desprendimiento de bloques de tamaño regular.

- ✦ El eje principal de la cámara tiene una orientación general norte/sur, con la entrada y el tiro ubicados hacia el este.

El contenido de la tumba no puede ser detallado con seguridad.

De acuerdo a los informantes, había varios esqueletos y "cuatro monos" de tamaño mediano; pero no se tiene ninguna evidencia, ya que las estatuillas fueron supuestamente vendidas a un museo. No hay mención de vajilla, ni de otro tipo de ofrendas. De los ornamentos personales se tienen indicios gracias al material recuperado de la tierra tamizada. Se encontraron restos de collares de cuentas y pendientes de tres tipos de materiales: piedra, concha y hueso. Pero parece obvio que la mayor parte de los ornamentos fue retirada por quienes descubrieron la tumba. En el apéndice I se enumera el material recuperado de cada una de las estructuras.

La tumba B

La segunda estructura fue detectada a 7 m al este de la tumba A (véase Fig. 2). Sus primeros indicios aparecieron a 24 cm de la superficie, como una mancha circular de tierra floja y húmeda (23 cm de diámetro). A los 53 cm de profundidad apareció el borde cilíndrico del tiro; se despejó el contorno del orificio y se vació su contenido de tierra suelta. En el interior del tiro se fue perfilando un espacio semi vacío que se profundizó unos 50 cm desde la boca, hasta topar con el extremo de una piedra laja inclinada. Sobre ésta se encontraron los restos de un entierro secundario que había sido inhumado sobre la tumba, pero que se fue deslizando hacia el interior del tiro junto con la piedra que alguna vez tapó su entrada. Aparentemente, un extremo de esta piedra se desplomó hacia el interior, provocando el deslave de tierra al fondo del tiro. Retirados los huesos y la "tapa", se

encontró, mezclado entre tierra suelta, un grupo de piedras más pequeñas las que reposaban a su vez, sobre varias lajas inclinadas contra una pared del tiro. Así, seis lajas se yuxtaponían parcialmente sobre la entrada a la cámara funeraria. Se puede afirmar que el interior del tiro estuvo relleno de tierra suelta, junto con unas cuantas piedras que reposaban por decantación, sobre la parte superior de las lajas. En el interior de la cámara se encontró un piso cubierto por un espesor de tierra de unos 35 cm. Este material se filtró, poco a poco, a través de las lajas desde el tiro. Dentro de la cámara, lo único que se distinguía claramente era una serie de huesos arriados contra la pared del fondo.

Luego de dos meses de excavación fina, se despejó la tierra y se puso en evidencia el contenido de la cámara. Para el registro adecuado de los vestigios, se adoptó una retícula con unidades cuadrangulares de 50 cm.

Tipológicamente, la tumba B es similar a la tumba A (véase Fig. 4).

- ✦ Un tiro cilíndrico de 90 cm de diámetro promedio que se profundiza 287 cm en la matriz.
- ✦ Un escalón de tepetate baja desde el fondo del tiro hacia la cámara; sobre el escalón se pusieron 3 piedras de tamaño mediano para dar mayor solidez a la entrada.
- ✦ Las dimensiones de la cámara son 225 cm de largo por 250 cm de ancho, con una altura máxima de la bóveda de 105 cm.
- ✦ La orientación del eje mayor es noroeste/sureste y coincide con la disposición de los primeros 4 cuerpos extendidos que fueron encontrados. El tiro y la entrada a la cámara se ubican en el extremo suroeste de la estructura.

El contenido de la cámara fue parcialmente revuelto a consecuencia de varios episodios de infiltración de tierra y lodo que se unen a pequeños desprendimientos del tepetate de la bóveda. Por otro lado, se constató la presencia de roedores que habrían bajado a la cámara a través de pequeños túneles cavados desde el exterior (madrigueras). En las paredes de la estructura se detectaron no menos de 9 orificios abiertos por estos animales. Huellas de la acción de sus dientes aparecen igualmente sobre muchas de las osamentas humanas encontradas en la tumba.

A pesar de la acción continua de estos factores, la evidencia encontrada en la cámara presenta una disposición ordenada que sugiere el uso repetido de la estructura funeraria

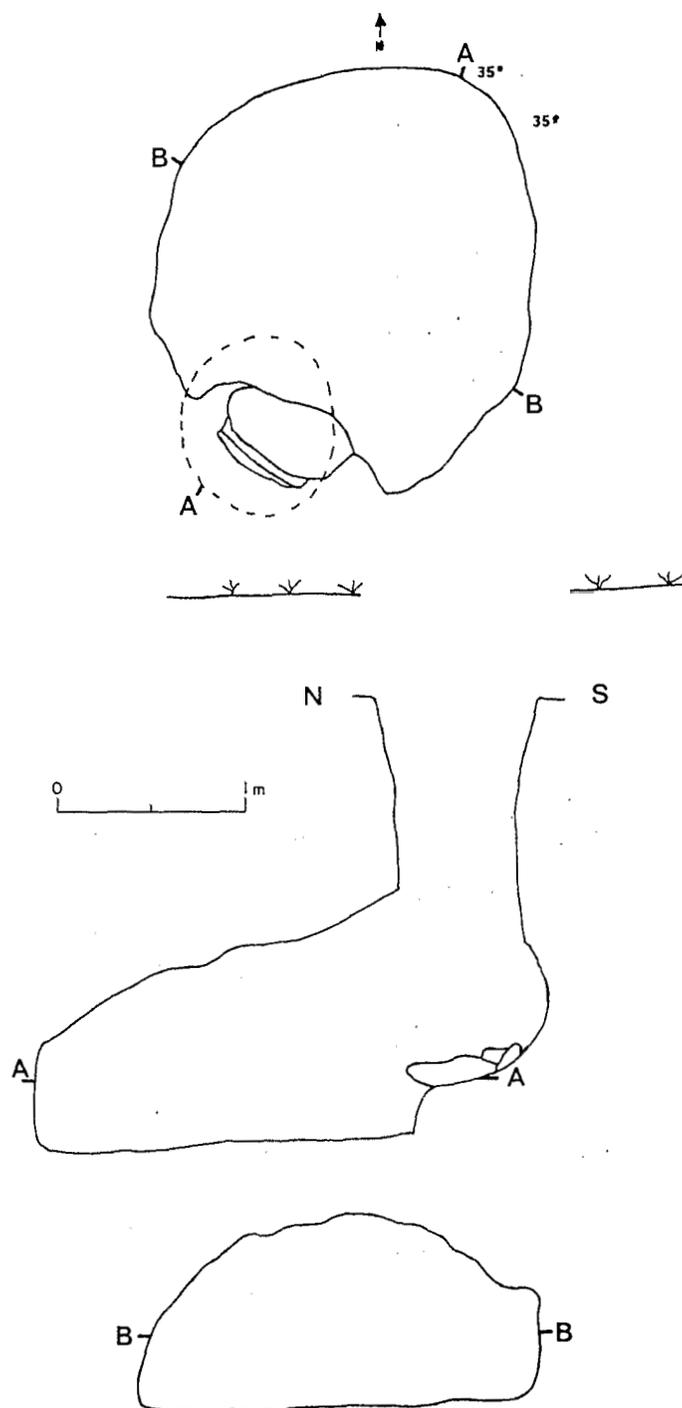


Figura 4 - Perfil, corte y planta de la tumba de tiro B.

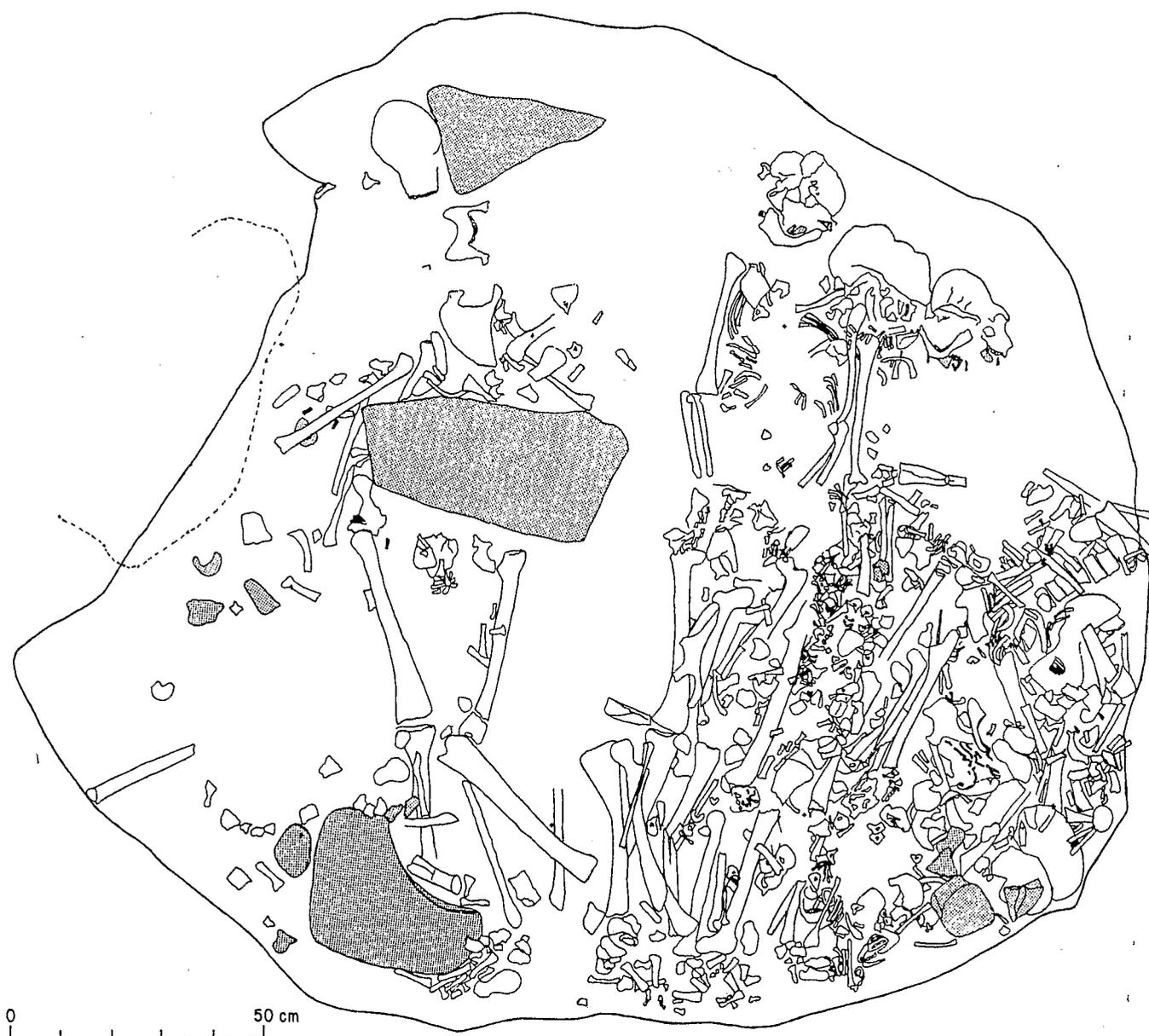


Figura 5 - Planta con inhumaciones primarias y secundarias en la tumba de tiro B.

(véase Fig. 5). En el extremo norte de la cámara se encontraron las osamentas reacomodadas de por lo menos 4 individuos (2 adultos y 2 infantes). Es posible que estas deposiciones secundarias, hayan sido reubicadas para hacer lugar a nuevas inhumaciones. En la parte central, aparecieron los esqueletos de 3 individuos adultos extendidos en decúbito dorsal con las extremidades inferiores reposando sobre otras osamentas reordenadas de otros 3 ó 4 indivi-

duos. En el espacio próximo a la entrada se ubicó el esqueleto de un individuo reposando en posición supina sobre un "lecho" formado por 3 piedras (2 metates quebrados y un canto llano de forma triangular).

En los 4 casos de cuerpos extendidos, la cabeza estuvo orientada hacia el oeste; los 4 presentaron algún tipo de ornamentación corporal y, cosa notable, los 4 tuvieron una lasca de obsidiana ubicada en el interior de la boca. Sin

embargo, ninguno tuvo ofrendas asociadas. El individuo ubicado próximo a la entrada, aparentemente tuvo junto a su brazo derecho un átlatl, pues se encontraron 2 asas de propulsor en piedra verde, reposando a proximidad de su antebrazo derecho. Las evidencias encontradas en esta estructura sugieren que la tumba habría sido utilizada como una "cripta", a la que se le iban añadiendo inhumaciones a medida que se producían decesos en el grupo que utilizaba la tumba.

Analizando el plano de ubicación de las tumbas A y B, se tiene la impresión de que las cámaras están orientadas en ejes divergentes (por no decir opuestos): la tumba A hacia el oeste y la B hacia el este. Las similitudes tipológicas y la relativa corta distancia entre las 2 sugieren que ambas estructuras pudieran ser contemporáneas y quizás inclusive, complementarias. La ausencia de datos concretos sobre el contenido de la tumba A imposibilita ahondar en esta hipótesis. Los pocos ornamentos personales, recuperados de esta tumba, son más elaborados que los hallados en la tumba B, por lo que podrían ser interpretados como símbolos de una jerarquía superior a los de la tumba B (apéndice I). De igual manera, la supuesta presencia de cuatro estatuillas antropomorfas en la tumba A marca otra diferencia notable con el contenido de la tumba B que no presentó ningún tipo de ofrendas funerarias.

La tumba C

Esta estructura se ubica en un punto intermedio entre las tumbas A y B, aproximadamente a 8 m en dirección norte (véase Fig. 2). En apariencia, difiere tipológicamente de las anteriores, pudiendo ser calificada de tumba en forma de pozo (véase Fig. 6). Sin embargo, comparte ciertos elementos estructurales que la identifican plenamente con el estilo de las tumbas anteriores.

La planta es idéntica a las formas ya vistas. Se accede a la cámara a través de un orificio de planta cilíndrica ("falso tiro"), excavado en la matriz hasta una profundidad de 80 cm. Su diámetro aproximado es de 80 cm y al igual que las tumbas anteriores, tiene una piedra plana

dispuesta sobre el borde, para acentuar el escalón de ingreso al interior.

La cámara es circular, de paredes cóncavas y piso plano. Mide 210 cm de largo por 185 cm de ancho. La profundidad del piso desde la superficie actual es de 120 cm. El eje mayor tiene una orientación noreste/suroeste, con la entrada desviada ligeramente del norte. No existe bóveda, sino un gran orificio que se une a la apertura del "falso tiro", dando la apariencia de una fosa esférica. Es probable que al momento de excavar la estructura original, se

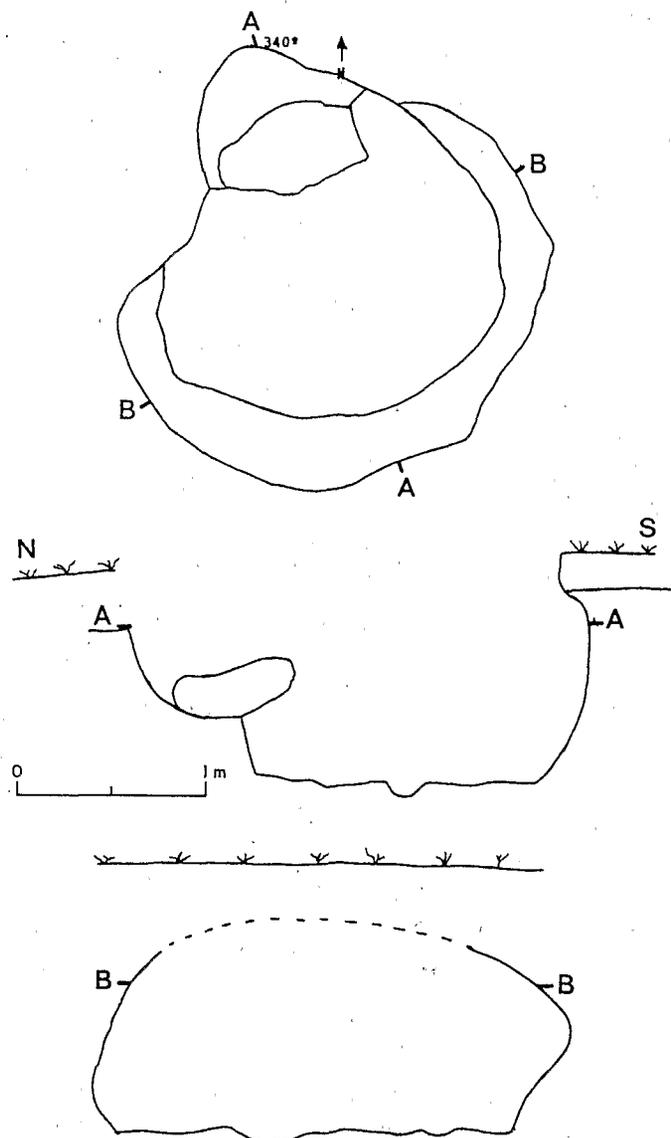


Figura 6 - Perfil, corte y planta de la tumba de tiro C.

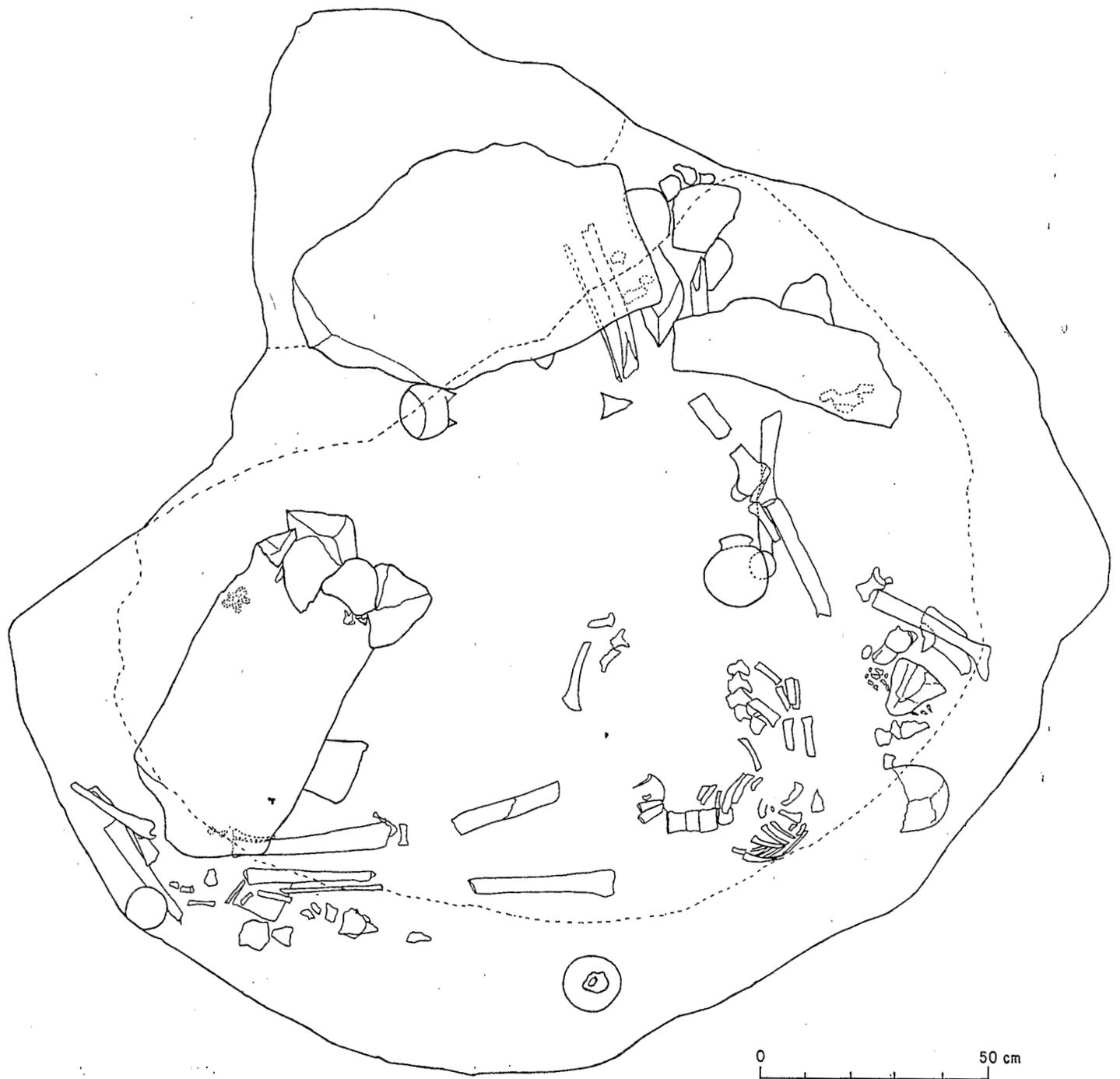


Figura 7 - Planta con inhumaciones primarias en la tumba de tiro C.

haya desplomado la bóveda que se trataba de formar por lo que los constructores readaptaron la forma general de la tumba.

Una vez realizadas las inhumaciones, la tumba fue rellena con tierra, sin incluir bloques

de tepetate o piedras. El relleno poco compacto facilitó la penetración de innumerables madrigueras que, en el transcurso de varios siglos, alteraron significativamente el contenido de la tumba (véase Fig. 7). Sin embargo, el material

de relleno de la cámara resultó ser muy rico en materiales cerámicos tempranos. El relleno de la tumba C constituye la única evidencia "estratificada", no funeraria, de la ocupación original del sitio.

A pesar de estar removidas, las inhumaciones encontradas aportan nuevos datos al registro de patrones funerarios en tumbas de tiro. La posición del individuo 2, decúbito dorsal, coincide con lo registrado en la tumba B; pero varía la orientación de la cabeza, hacia el este y no hacia el oeste. De los otros dos cuerpos no se puede afirmar gran cosa. El grado de remoción de las osamentas es tal que casi nada queda de la disposición original. El individuo 1 estuvo aparentemente extendido sobre la espalda, con una orientación general sur/norte. De este cuerpo sólo queda *in situ* la tibia y el peroné izquierdos que reposan al costado oriental de la entrada. Entre otros huesos probables de este individuo, se incluyen: fragmentos de cráneo, extremidades, pelvis, sacro, y algunas vértebras. Del individuo 3, sólo quedan fragmentos de un cráneo que reposan sobre una piedra laja de gran tamaño en el extremo occidental de la tumba. Entre estos fragmentos se encontraron 2 lascas de obsidiana que pudieron haber estado colocadas en la boca del individuo, tal como se anotó en 4 casos de la tumba B.

La ubicación de las ofrendas sugiere también un patrón definido. Un pequeño cántaro acompaña al individuo 2; fue encontrado a la altura de la pelvis, al costado izquierdo del esqueleto. Una ofrenda similar fue situada, más o menos en la misma ubicación cerca del individuo 1. La tercera ofrenda se halla a proximidad de restos alterados del cráneo del individuo 3, sin que se pueda inferir una posible ubicación con respecto al cuerpo, por falta de osamentas. Hay pocos indicios de adornos corporales, en zonas próximas a las osamentas, pero mezclados entre el material de relleno se encontraron 9 cuentas de piedra; 7 son circulares, pulidas en un material verde lechoso. Otra, del mismo material fue pulida en forma de ardilla y es idéntica a 2 ejemplares encontrados en la tumba A. La última cuenta es una pequeña plaqueta antropomorfa de obsidiana, con un orificio diminuto perforado en su extremo superior. Un fragmento de una pieza semejante fue encontrado en las inmediaciones de la fosa y

probablemente fue sacado de su sitio original por algún animal. Se desconoce si estas cuentas fueron parte de collares, pulseras u ajorcas y desgraciadamente ni siquiera pueden ser asignadas a uno de los individuos en particular.

Conclusiones tentativas

Los trabajos en el sitio CS-32 Caseta han aportado una serie de datos nuevos que clarifican varios aspectos de la llamada Época de Tumbas de Tiro en la cuenca de Sayula. La información obtenida sugiere que una de las primeras etapas de ocupación del área estudiada corresponde justamente a esta época. Se espera que los resultados del fechamiento por ^{14}C aclaren en breve su ubicación cronológica. Por otro lado, la abundante evidencia cerámica, unida a las huellas estructurales detectadas sugieren que la colina no sólo sirvió de emplazamiento funerario, sino que ante todo constituyó un asentamiento de carácter habitacional. La ausencia de una clara sobreposición estratigráfica cultural complica el estudio de los vestigios de esta ocupación, pues en muchos casos no es posible atribuir con certeza la evidencia no cerámica a ninguna de las dos ocupaciones del sitio. Sin embargo, los restos cerámicos de esta etapa reflejan actividades cotidianas, con vajillas de uso doméstico. Las ofrendas encontradas en la tumba C son recipientes utilitarios que además muestran un acentuado desgaste por uso.

Las excavaciones confirmaron la hipótesis de que las tumbas no aparecen aisladas, sino que forman grupos o conjuntos. Al igual que en el valle de Atemajac, se demostró que no todas las tumbas contienen ofrendas suntuosas. Por otro lado, a pesar de que la forma y la orientación individual de cada estructura puede variar notablemente, hay ciertos rasgos formales que están constantemente presentes de una manera u otra. Estos rasgos ciertamente deben reflejar valores ideológicos que van más allá de las meras convenciones funcionales.

Las tres tumbas se complementan y suministran datos concretos sobre las costumbres funerarias de esta época. El contenido del relleno y de las filtraciones encontrado en el interior de las tumbas ha dado una buena muestra de material cerámico no mezclado que sirve de

base para tratar de reconstituir las principales formas de la vajilla utilizada en esos tiempos. El estudio de sus rasgos tecnológicos y morfológicos servirá de referencia para reconocer (en la cerámica de superficie y en la de estratos mezclados) el material temprano, ampliando así la gama del cuerpo cerámico identificado para la llamada Epoca de Tumbas de Tiro. Del mismo material de relleno, se tomaron varias muestras de carbón que ayudarán a fechar mejor los depósitos tempranos de la cuenca. Por último, el estudio antropométrico de los restos óseos rescatados de las tumbas, completará la información que se tiene sobre los aspectos físicos de las poblaciones prehispánicas de esta región.³ Aunque la muestra es aún relativamente pequeña, pronto se dispondrá de datos concretos sobre los habitantes de esta época en la zona.

Si bien Kelly señaló la conexión cultural aparente entre el área de Nayarit interior / Jalisco central con los pueblos de Colima, no pudo caracterizar la relación efectiva entre ambas zonas. La razón principal de esta circunstancia (nada imputable a los excelentes trabajos pioneros de Isabel Kelly) fue el carácter puramente ceramológico de sus apreciaciones. Las estrechas interrelaciones entre ambas zonas homogeneizaron muchos temas iconográficos, pero cada región guardó sus propios rasgos estilísticos como muestra de su identidad e independencia. El reconocimiento inicial que efectuó Kelly en ambas regiones, permitió la identificación de dos provincias cerámicas. Sin embargo, no detectó vestigios habitacionales de estas épocas, ni pudo definir las principales características socioculturales de ambas regiones. Sus trabajos fueron la piedra angular para la edificación del conocimiento arqueológico de Occidente. No obstante, ella misma sugirió que se debían realizar más estudios en profundidad para definir correctamente el pasado prehispánico. Kelly sostuvo que se debían buscar mayores manifestaciones de la supuesta continuidad cultural de las dos provincias cerámi-

cas, en el área intermedia. La evidencia de la cuenca de Sayula aquí presentada sustenta la hipótesis de Kelly; pero demuestra, al mismo tiempo, que esta "continuidad cultural" no es el simple reflejo de difusión de rasgos culturales o estilísticos (entre los que se incluyen forzadamente las tumbas de tiro). La afinidad puede ser, más bien, el resultado de procesos de complejización social afines, aunque quizás iniciados independientemente. La reorientación del objeto de estudio en la problemática de las tumbas de tiro, hacia los contextos habitacionales de los pobladores de esta época, podrá finalmente suministrar la evidencia necesaria para comprender el mecanismo de esos procesos. *

Bibliografía

- Baus Reed Czitrom, Carolyn 1978 - Figurillas sólidas de estilo Colima: una tipología. *Colección Científica* 66. SEP-INAH, México.
- Breton, Adela 1903 - Some Mexican Portrait Clay Figures. *Man* 3: 130-133. Londres.
- Cabrero, María Teresa 1992 - La cultura Bolaños como respuesta a una tendencia expansiva. In *Origen y desarrollo en el Occidente de México* (Brigitte Boehm de Lameiras y Phil C. Weigand eds.): 339-358. El Colegio de Michoacán, Zamora.
- Cabrero, María Teresa y Carlos López Cruz 1993 - Hallazgo de una tumba de tiro sellada en el Cañón de Bolaños. *Antropológicas* 8: 74-78. UNAM, México.
- Diguet, Léon 1898 - Notes sur certaines pyramides des environs d'Ixtlán. *L'anthropologie* 9: 660-665. París.
- Disselhoff, Hans D. 1932 - Note sur le résultat de quelques fouilles archéologiques faites à Colima (Mexique). *Revista del Instituto de Etnología de la Universidad de Tucumán* 2: 525-537. Tucumán.
- Galván, Javier 1976 - Rescate arqueológico en el fraccionamiento Tabachines, Zapopan, Jalisco. *Cuadernos de los Centros* 28. INAH, México.
- 1991 - Las tumbas de tiro del valle de Atemajac, Jalisco. *Colección Científica* 239. INAH, México.
- Kelly, Isabel 1945 - The Archaeology of the Autlan-Tuxcacuesco Area of Jalisco. I - The Autlan Zone. *Ibero-Americana* 26. University of California, Berkeley.
- 1948 - Ceramic Provinces of Northwest Mexico. *El Occidente de México. Memorias de la IV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*: 55-71. México.
- 1949 - The Archaeology of the Autlan-Tuxcacuesco Area of Jalisco. II - The Tuxcacuesco-Zapotitlan Zone. *Ibero-Americana* 27. University of California, Berkeley.
- 1978 - Seven Colima Tombs: an Interpretation of Ceramic Content. In *Studies in Ancient Mesoamerica III* (John Graham ed.). *Contributions of the University of*

3 Los dos trabajos de salvamento arqueológico realizados en la cuenca han permitido formar dos colecciones importantes de restos humanos. Las mismas están siendo estudiadas por la maestra Gabriela Uruñela Ladrón de Guevara de la universidad de Las Américas, Puebla. (Véase artículo de Uruñela en este número.)

- California Archaeological Research Facility* 36: 1-26. Berkeley.
- s.f. A Surface Survey of the Sayula-Zacoalco Basins of Jalisco (1941-1944). Ms.
- Kurt, Michel 1975 - Les figurines de terre cuite du Mexique occidental. Essai de typologie à partir du matériel des Musées Royaux d'Art et d'Histoire. Université libre de Bruxelles.
- Long, Stanley 1967 - Formas y distribución de tumbas de pozo con cámara lateral. In *Razón y fábula* 1: 1-15. Universidad de los Andes, Bogotá.
- Lumholtz, Carl [1902] 1973 - Unknown Mexico, a Record of Five Years Exploration among the Tribes of the Western Sierra Madre; in the Tierra Caliente of Tepic and Jalisco; and among the Tarascos of Michoacan. *Antiquities of the New World* 15 (2), [1902]. Reedición publicada por AMS Press Inc., Nueva York. Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Harvard University, Cambridge, Massachusetts.
- Meighan, Clement W. 1969 - Cultural Similarities between Western Mexico and the Andean Regions. In Pre-Columbian Contact within Nuclear America (Charles Kelley y Carroll, Riley eds.). *Mesoamerican Studies* 4, Series 69M4A. Southern Illinois University, Carbondale.
- Mountjoy, Joseph (s.f.) - "Prehispanic Cultural Development along the Southern Coast of West Mexico". Trabajo presentado en el seminario *Perspectivas sobre la Arqueología de la Periferia Septentrional de Mesoamérica, Zacatecas* (20-27 noviembre 1993). Ms.
- Olay Barrientos, María de los Angeles 1993 - Las tumbas de tiro de Las Animas, Colima. *Arqueología Mexicana* 1(4): 78-80. México.
- Oliveros, Arturo 1970 - Excavaciones de dos tumbas en El Opeño, Michoacán. Tesis de maestría inédita. ENAH, México.
- 1974 - Nuevas exploraciones en El Opeño, Michoacán. In *The Archaeology of West Mexico* (B. Bell ed.): 182-201. Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México, Ajijic.
- 1992 - El Valle Zamora-Jacona: un proyecto arqueológico en Michoacán. In *Origen y desarrollo en el occidente de México* (Brigitte Boehm de Lameiras y Phil C. Weigand eds.): 239-249. El Colegio de Michoacán, Zamora.
- Schöndube, Otto, Jean Pierre Emphoux, Rosario Acosta y Francisco Valdez (s.f.) - II informe técnico del Proyecto arqueológico cuenca de Sayula al Consejo de Arqueología del INAH (1994). Ms.
- Schöndube, Otto y Javier Galván 1978 - Salvage Archeology at El Grillo-Tabachines, Zapopan, Jalisco, Mexico. In *Across the Chichimec Sea, Papers in Honor of J. Charles Kelley* (C. Riley y B. Hedrick eds.): 144-163. Southern Illinois University Press, Carbondale.
- Weigand, Phil C. 1989 - Architecture and Settlement Patterns within the Western Mesoamerican Formative Tradition. In *El Preclásico o Formativo. Avances y perspectivas* (Martha Carmona ed.): 39-64. INAH, México.
- 1993 - Evolución de una civilización prehispánica. El Colegio de Michoacán, Zamora.

Apéndice

Inventario de artefactos recuperados de las tumbas de tiro del sitio CS-32 Caseta (Usmajac, Jalisco)

TUMBA DE TIRO A

TTA1	7 cuentas circulares de piedra pulida, verde lechosa.
TTA2	3 cuentas tubulares de piedra pulida, verde lechosa.
TTA3	2 cuentas en forma de ardilla en piedra pulida, lechosa.
TTA4	2 pendientes circulares de piedra pulida verde.
TTA5	11 fragmentos de pendientes largos de concha cortada.
TTA6	4 cuentas tubulares de hueso pulido.
TTA7	1 cuenta tubular de cerámica.
TTA8	1 punta de proyectil de obsidiana.
TTA9	1 resto de núcleo delgado (¿punta?) de obsidiana.
TTA10	1 raspador circular en disco de obsidiana.
TTA11	4 lascas retocadas de obsidiana.
TTA12	13 lascas de obsidiana.

59 tepalcates recuperados de tierra tamizada (no decorados).

TUMBA DE TIRO B

TTB1	2 asas de atlatl en piedra pulida, verde lechosa.
TTB2	295 fragmentos de cuentas largas de pizarra gris.
TTB3	1 fragmento de pendiente de ¿fósil? o pizarra.
TTB4	sarta con 106 cuentas circulares de concha, 36 caracoles marinos y 6 cuentas circulares de piedra lechosa.
TTB5	4 cuentas tubulares de hueso pulido.
TTB6	sarta con 9 cuentas tubulares de hueso y 7 cuentas circulares de concha.
TTB7	1 cuenta de piedra verde.
TTB8	1 pendiente alargado de piedra verde lechosa.
TTB9	sarta con 17 cuentas tubulares de hueso pulido.
TTB10	sarta con 6 cuentas tubulares de hueso pulido.
TTB11	sarta con 7 cuentas tubulares de hueso pulido.
TTB12	2 orejeras tubulares de cerámica.
TTB13	sarta con 12 cuentas circulares de concha y 1 cuenta tubular de hueso pulido.
TTB14	1 cuenta trapezoidal de pizarra.
TTB15	1 cuenta circular de concha.
TTB16	1 fragmento de aguja de hueso.
TTB17	1 fragmento largo de hueso labrado, ¿espátula?
TTB18	49 lascas de obsidiana, de las cuales 5 estuvieron en el área de la boca de algunos cráneos.

624 tepalcates recuperados en excavación, de los cuales 119 están decorados y 505 no están decorados. Dos son fragmentos de figurillas sólidas tipos *Tuxcacuesco Los Ortices*.

TUMBA DE TIRO C

- TTC1 1 cántaro de cerámica engobada y pulida.
- TTC2 1 olla globular de cerámica alisada.
- TTC3 1 cajete trípode de cerámica alisada.
- TTC4 7 cuentas circulares de piedra pulida, lechosa.
- TTC5 1 pendiente en forma de ardilla en piedra pulida lechosa.
- TTC6 2 cuentas antropomorfas de obsidiana tallada.
- TTC7 19 lascas de obsidiana.

532 tepalcates recuperados en excavación, de los cuales 85 están decorados y 447 no están decorados. Ocho son fragmentos de figurillas sólidas tipo *Tuxcacuesco Los Or-tices*.



LAS CULTURAS DEL SABOR

No. 12 13 • PRIMAVERA VERANO 1993 • VI AÑO

Editorial
Hervé-Pierre Lambert 1

DE LOS REGÍMENES Y LA SOBERANÍA DEL GOURMET

¿Vivir como Reyes? go comer como Príncipes?	3
Fernando del Poso	
Gastronomie et gastrosophie	7
Entretien avec René Schérer	
El paraíso perdido de las golosinas	11
Juan José Arreola	
Surtido de tacos	16
José Iturrigoyena de la Fuente	
Le lu et le cuit	22
Hervé-Pierre Lambert	
L'art des cuisiniers et la Révolution	26
Marc Cheymol	
En busca de la <i>blanquette</i> perdida	33
Paco Ignacio Taibo I	
Grano de sal	35
Adolfo Castañón	

ESCENAS Y CENAS OPÍPARAS

<i>Bouillabaisse</i> a la Matisse	41
Seuliel Alariste	
El <i>gourmet</i> y el glotón en el cine	49
Carlos Bonfil	
Saveur et nausée de l'art	54
Pierre Cordoba	
Un plato vacío	59
Rafael Vargas Escalante	

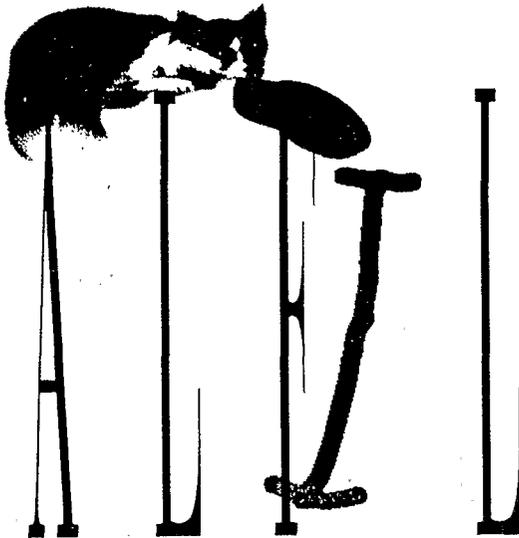
LA COCINA DE BABEL

La <i>pizza</i> de Babel	61
Pierre Force	
Delicias americanas y placeres imperiales	66
Guy Rozat	
Influencias de la «nueva cocina» francesa	71
Luis Marcel	
L'Europe à table	74
Jean Orizet	

RITOS PROFANOS, RITOS SAGRADOS

«Hoy tengo que cenar con Maribel...»	81
Renato Prado Oropeza	
Jarabe de pico	82
Marga Glantz	
La comida de las almas: <i>hanal pixan</i>	86
Carlos Villanueva y Rafael Segovia	
<i>Sapere aude</i>	90
Ernesto Hernández Busto	

Son de despedida	95
Florence Olivier	



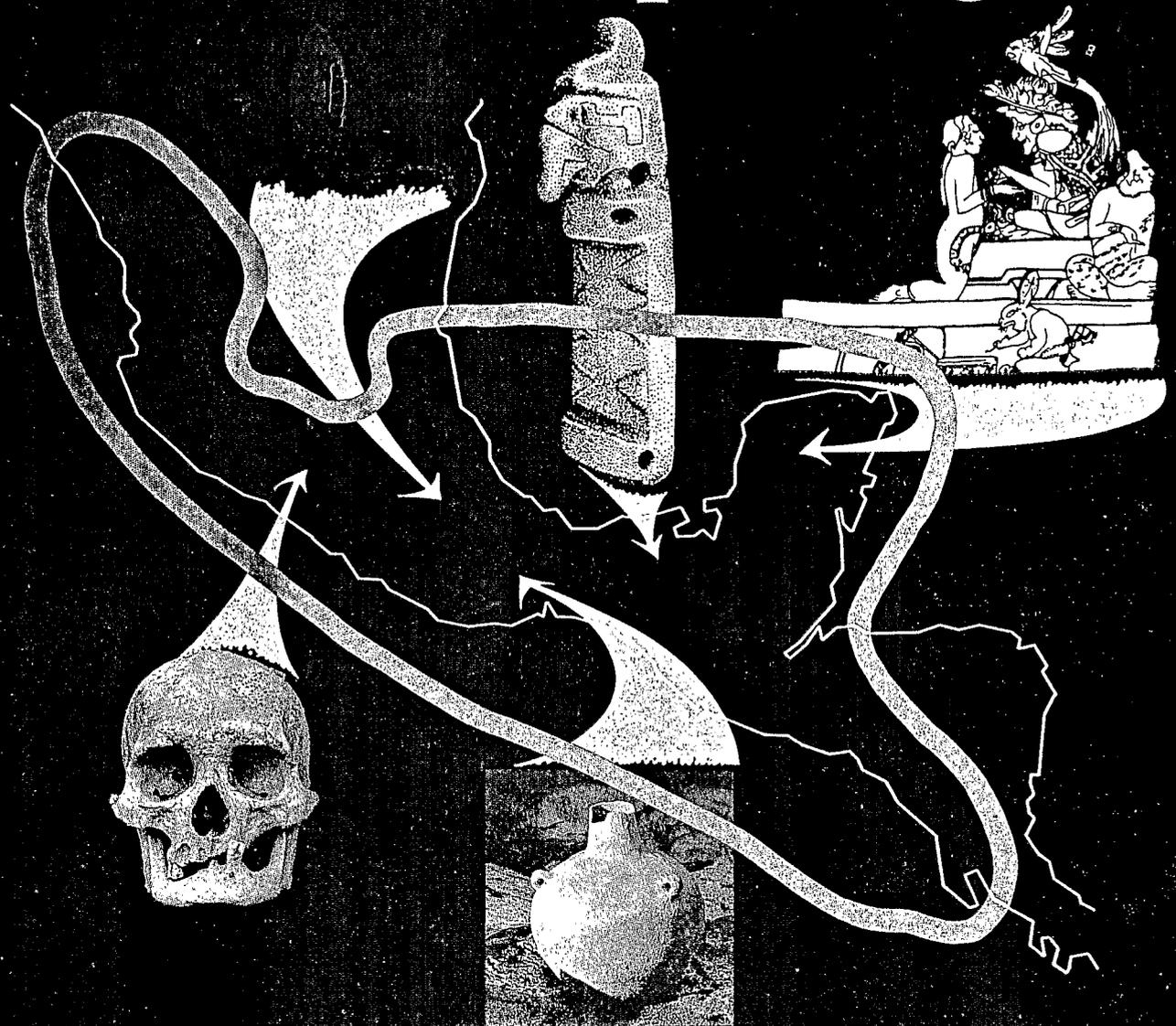
ALFIL EST PUBLIÉ TROIS FOIS PAR AN PAR L'IFAL
(INSTITUT FRANÇAIS D'AMÉRIQUE LATINE)

ALFIL publica, tres veces al año, textos literarios y ensayos inéditos firmados por figuras relevantes de la vida cultural en México y Francia, en torno a temas múltiples: literatura, artes plásticas, música, danza, cine, teatro, ciencias del hombre y de la sociedad. Es bilingüe y su nombre, anagrama de IFAL, evoca nuestro deseo de ofrecer un espacio abierto, privilegiado, para el intercambio cultural, fuera de toda capilla o casilla. Lo línea editorial de la revista se sitúa en el juego de los mirados que se cruzan entre Francia y México, Europa y América Latina.

PORTADA: A partir de *Un buffet* de Pierre-Nicolas Huillot (Escuela de Chardin). Colección Léon Hellé, París.

TRACÉ

Arqueología



JUIN 1994 ~ N°25

O.R.S.T.O.M. Fonds Documentaire

N° 40.642 ex 1

Cote B

